

“Impacto herético y reacción jerarquizadora: notas sobre los orígenes del clivaje peronismo-antiperonismo”

Pablo Pizzorno

Político (UBA)

Maestrando en Ciencia Política (IDAES/UNSAM)

ppizzorno@gmail.com

Resumen

El presente trabajo indaga en los elementos políticos y culturales que acompañaron la estructuración del clivaje peronismo-antiperonismo. Para ello se rastrea la noción de “impacto herético”, referida al efecto subversivo que ejerció sobre los valores y jerarquías de la época el ascenso del movimiento plebeyo que representó el peronismo. En consecuencia, dicho movimiento debió lidiar con una “reacción jerarquizadora” de carácter antiperonista, de diversa extracción social y orientación política, que principalmente se opuso al trastocamiento de determinadas normas culturales habituales. A su vez, la constitución de las clases populares en un sujeto político unificado, a través del peronismo, mantuvo una relación compleja con el aparato ideológico oficial y con los intentos de contención desde el Estado a las expresiones de movilización popular que el propio peronismo había inaugurado.

Palabras clave: Peronismo – Antiperonismo – Identidades políticas

Keywords: Peronism – Antiperonism – Political identities

Introducción

Corría el año 1983 en la Argentina, en plena retirada de la dictadura militar, cuando Juan José Sebreli publicaba *Los deseos imaginarios del peronismo*, un ensayo profundamente crítico del fenómeno peronista que buscaba dar cuenta de las presuntas mistificaciones de una experiencia política que Sebreli asociaba, entre otras, al bonapartismo y al fascismo.

En el prólogo de su libro, sin embargo, Sebreli creyó necesario hacer una justificación de su ya lejana adhesión juvenil al primer peronismo. De este modo, se preguntaba:

¿Qué es lo que podía atraer del peronismo a ese joven inconformista que era yo? En el número de la revista *Contorno* aparecido en 1956 y dedicado al peronismo, intenté dejar un testimonio de lo que éste había significado para mí. Pero todavía era demasiado pronto para que yo advirtiera que la rebelión juvenil típicamente pequeñoburguesa contra las convenciones y tabúes de la familia y la sociedad, y el deseo bohemio de *épater le bourgeois*, motivaban mis preferencias. El gusto por la literatura, más que por lo social y político, me llevaron a confundir la denuncia de una clase y de un sistema económico, con la repugnancia moral y estética por el filisteísmo burgués que tan bien representaba cierto antiperonismo de entonces (Sebreli, 1982: 11-12)

Aquella simpatía de antaño hacia las subversiones plebeyas del primer peronismo que movilizaban la indignación enérgica de clases medias y altas significó, más allá de las ironías de un Sebreli maduro ya enrolado en el antiperonismo, la puerta de ingreso de una generación a lo que después se conoció como la izquierda peronista de los 60 y 70. Dicha incorporación política por parte de jóvenes que casi no habían vivido la experiencia de Perón en el gobierno, y que en muchos casos provenían de hogares *gorilas* de clase media y colegios de élite ilustrada, no estaba exenta de una aproximación “literaria” al impacto cultural que significó en su tiempo la emergencia del peronismo.

La potencia cultural y política que representaba el peronismo como fenómeno de una apariencia capaz de sacudir los cimientos de la Argentina oligárquica y liberal, junto al rechazo visceral del que se nutrió el antiperonismo que lo combatió, dotaron a este movimiento de una mística trasgresora que John William Cooke, destacado

exponente de la llamada izquierda peronista, acuñó notablemente cuando denominó al peronismo como el *hecho maldito del país burgués*.

Este trabajo procura indagar en aquellos componentes político-culturales que acompañaron los orígenes del peronismo al convertirse en un fenómeno con altos grados de adhesión en la clase obrera y, desde entonces, con una persistencia que ha desafiado toda clase de obstáculos y contratiempos. Estos componentes, desplegados sobre sustantivas condiciones materiales que lo posibilitaron, dieron lugar a la especificidad del peronismo como movimiento político e identidad popular de largo alcance en torno a la cual se constituyó el principal clivaje ordenador de la política argentina por muchos años, y de notable actualidad en el presente.

Como veremos, el “impacto herético” que implicó la irrupción de las masas en los orígenes del peronismo significó una auténtica subversión de valores y jerarquías de su época. En consecuencia, este movimiento de ascenso plebeyo debió lidiar con una “reacción jerarquizadora” profundamente antiperonista, de diversa extracción social y orientación política, más vinculada a la indignación producida por el trastrocamiento de las normas culturales habituales que a perjuicios económicos concretos.

A su vez, la constitución de las clases populares en un sujeto político unificado, a través del peronismo, mantuvo una relación compleja con el aparato ideológico oficial y con los intentos de contención desde el Estado que el propio gobierno peronista administraba para moderar la “herejía” que había despertado la irrupción de las masas a la vida política. Buena parte de ese primer peronismo puede leerse en términos de la tensión y la ambivalencia que atravesó la incorporación política de los sectores populares, inaugurada simbólicamente en la jornada del 17 de octubre de 1945, a un régimen de reproducción capitalista basado en la integración social y política de la clase obrera desde el aparato estatal.

La irrupción herética de las masas

La pregunta por los aspectos políticos y culturales que rodearon la emergencia del peronismo apunta a comprender la especificidad de ese movimiento político y por qué se trató de ese y no de cualquier otro. El carácter excepcional del peronismo como forma de movilización política e identidad popular de largo alcance requiere explorar los elementos culturales que le otorgaron tanta adhesión y tanto rechazo. Pero además, esta pregunta permite indagar en el peronismo no cómo el resultado *históricamente*

necesario de las transformaciones sociales y económicas que ocurrieron en la década del 30, sino como un factor contingente que, sobre determinadas condiciones materiales, supo interpretar cierta “fibra sensible” de su época. Se trata, en ese sentido, de entender a dichas transformaciones sociales que precedieron la aparición del peronismo como el escenario donde éste pudo constituirse a partir de una exitosa interpelación que dio visibilidad a un nuevo sujeto político.

La noción de “impacto herético” pertenece a Daniel James (1990) y es empleada para referirse a la trasgresión que acompañaba a la retórica peronista al producir una ruptura con el sentido común dominante y las jerarquías tradicionales de la época. James sostiene que un análisis de esas expresiones es necesario para comprender la peculiaridad del peronismo y las razones de su adhesión entre los trabajadores más allá de la satisfacción de sus necesidades materiales.

En ese sentido, James recoge el debate historiográfico que lo precedió entre el aporte clásico de Gino Germani, que significó la primera elaboración académica de peso sobre el peronismo, y los estudios revisionistas, cuyo principal exponente –aunque no referido directamente por James- es el *Estudio sobre los orígenes del peronismo* de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero.

La mirada tradicional de Germani explicaba la emergencia del peronismo a partir de las “masas disponibles” que constituían los trabajadores migrantes del interior rural a la ciudad sin experiencia e idiosincrasia obrera. Estos obreros “nuevos”, a diferencia de los “viejos” que ya estaban adaptados a la vida industrial y habían generado sus propias asociaciones de clase, habrían sido pasibles de manipulación por parte de Perón, entregándose *irracionalmente* como base de sustentación del totalitarismo y la demagogia del régimen.

Como respuesta a esta caracterización, Murmis y Portantiero (2004) desmontan el esquema que dividía entre obreros “nuevos” y “viejos”, al señalar que muchos dirigentes y organizaciones gremiales viejas habían tenido una intensa participación en la génesis del peronismo, “que llegó a ser fundamental a nivel de los sindicatos y de la Confederación General del Trabajo y muy importante en el Partido Laborista”. Más que destacar la división interna de la clase obrera, el punto de partida de este análisis es lo contrario: “*la unidad de ésta, como sector social sometido a un proceso de acumulación capitalista sin distribución del ingreso, durante el proceso de industrialización bajo control conservador que tiene lugar en la década del 30*” (Murmis y Portantiero, 2004: 132, cursiva en el original).

Desde el punto de vista revisionista, la adhesión de la clase obrera al peronismo debía entenderse como una elección racional en la búsqueda de soluciones a sus necesidades dentro de las alternativas ofrecidas por la realidad. Se trataría entonces de una opción por una alianza política que pudiera servir de salida a un proceso de industrialización que se llevaba a cabo bajo el control de una elite tradicional sin redistribución de los beneficios a los trabajadores.

Sin embargo, James considera que esta explicación no basta para entender el alto grado de adhesión al peronismo y por qué se convirtió en una alternativa viable para la clase obrera argentina: “No hay duda de que el peronismo, desde el punto de vista de los trabajadores, fue en un sentido fundamental una respuesta a las dificultades económicas y la explotación de clase. Sin embargo, era también *algo más*. Era también un movimiento representativo de un cambio decisivo en la conducta y las lealtades políticas de la clase trabajadora, que adquirió una visión política de la realidad diferente” (James: 1990, 26-26, cursiva propia).

¿Dónde reside el éxito de la interpelación peronista y por qué su consagración implicó un “impacto herético” que desató un movimiento de ascenso plebeyo sin antecedentes? ¿Cuáles fueron los cimientos de la cultura tradicional que el peronismo blasfemó y que provocó la reacción encendida de una acérrima y heterogénea oposición que se propuso erradicarlo a toda costa?

Las primeras respuestas pueden ir a buscarse al viejo trabajo de Germani, que a pesar de su orientación obsoleta tiene algunas inquietudes sensibles que habilitan preguntas pertinentes sobre la identidad peronista. En su artículo “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, publicado en 1956, Germani discutía con “la versión generalmente aceptada” según la cual “el apoyo de las clases populares se debió a la demagogia de la dictadura”. El sociólogo italiano llamaba a esa interpretación la teoría del “plato de lentejas”: el pueblo “vendió” su libertad a cambio de ciertas dádivas materiales que le “dio” el dictador. No conforme con esa lectura, Germani consideraba que se trataba de un fenómeno más complejo:

El dictador hizo demagogia, es verdad. Mas la parte efectiva de esa demagogia no fueron las ventajas materiales, sino el haber dado al pueblo la experiencia (ficticia o real) de que había logrado ciertos derechos y que los estaba ejerciendo. Los trabajadores que apoyaban la dictadura, lejos de sentirse despojados de la libertad, estaban convencidos de que la habían conquistado. Claro que aquí con la misma palabra libertad nos estamos

refiriendo a dos cosas distintas; la libertad que habían perdido era una libertad que nunca habían realmente poseído: la libertad política a ejercer sobre el plano de la alta política, de la política lejana y abstracta. La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta, inmediata, de afirmar sus derechos contra capataces y patrones, elegir delegados, ganar pleitos en los tribunales laborales, sentirse más dueños de sí mismos. Todo esto fue sentido por el obrero, por el trabajador general, como una afirmación de la dignidad personal (Germani, 1977: 341-2)

Hay en la mirada de Germani una genuina percepción de una ruptura, de un cambio de estado, en la conciencia de clase obrera a partir de la experiencia peronista. Más allá de si estas transformaciones objetivas no hubieran ocurrido, de si esta experiencia fuera “ficticia o real”, la *parte efectiva* de la “demagogia del dictador” (aquí podríamos decir: de la interpelación peronista) reside en que existe en la clase obrera una percepción de *conquista* de una *libertad concreta*, distinta a la definición liberal abstracta, que implica una afirmación de los trabajadores en tanto individuos concretos y en tanto clase. No sólo eso: aquella libertad “política”, dice Germani, que supuestamente los trabajadores habían perdido con el peronismo y que suscitaba el principal argumento de la oposición liberal, era en verdad una libertad que *nunca habían realmente poseído*.

James sostiene que el éxito de la retórica peronista se entiende a partir de su capacidad para redefinir el concepto de ciudadanía en un sentido más amplio, principalmente social. Frente a la fraseología liberal que redundaba en consignas alrededor de la Constitución, la democracia y los derechos cívicos individuales, Perón oponía un discurso que ponía de relieve la cuestión de la justicia social y que además fundaba su llamamiento a los trabajadores en un reconocimiento como clase social propiamente dicha y que debía ser incorporada como tal en la vida política de la nación. (James, 1990: 27-30).

Una supuesta anécdota que toma James de la campaña política previa a las elecciones de 1946 ilustra el escepticismo de la clase obrera respecto a los lemas y consignas del liberalismo. La historia dice que un grupo de trabajadores fue interrogado sobre si veían amenazada la libertad de palabra en caso que Perón ganara las elecciones. Le contestaron: “La libertad de expresión es cosa de ustedes. Nosotros nunca la hemos tenido”¹.

¹ Mafud, Julio, *Sociología del peronismo*, Buenos Aires, 1972, p. 107, citado en James, Daniel, *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 31

A partir de un vocabulario “concreto y creíble” y de un discurso que destacaba a la clase obrera como pilar básico de la nación, el peronismo marcó un notorio contraste con el imaginario que rodeaba a la “década infame”, vivida por muchos trabajadores como una época de condiciones precarias de trabajo, de abuso patronal, de arrogancia y patoterismo de los caudillos conservadores; en suma, de una época atravesada por la humillación y la frustración. De este modo, James señala que “el poder del peronismo radicó, en definitiva, en *su capacidad para dar expresión pública a lo que hasta sólo había sido internalizado, vivido como experiencia privada*” (1990: 46, cursiva propia).

Por cierto, dicho llamamiento del peronismo a la clase obrera se manifestó en una configuración discursiva de límites difusos entre “el pueblo”, “la nación”, “los trabajadores” y “el movimiento”. Esta práctica de discurso, que se inscribe genéricamente dentro de la matriz populista que han analizado diversos autores, apunta a la identificación de la particularidad del movimiento político con una idea totalizante como “pueblo” o “nación”. En *La razón populista* (2005), Ernesto Laclau sostiene que a diferencia del discurso institucionalista, que intenta hacer coincidir los límites de la formación discursiva con los límites de la comunidad, en el caso del populismo ocurre lo contrario: una frontera de exclusión divide a la sociedad en dos campos. Allí, el “pueblo” es un componente parcial que aspira, sin embargo, a ser concebido como la única totalidad legítima. Esta división presupone la presencia de algunos significantes que condensan en torno de sí mismos la significación de todo un campo antagónico (por ejemplo, el “régimen” o la “oligarquía”). Este tipo de formación discursiva no es totalmente original en Perón y tiene antecedentes en Hipólito Yrigoyen, quien, como han señalado Delamata y Aboy Carlés (2001), promovía una identificación de la nación con la Unión Cívica Radical y en última instancia con su propio liderazgo personal.

El éxito de la interpelación peronista reside en la construcción de un sujeto político que unificó y dio identidad colectiva a los sectores subalternos de la época. Su emergencia otorgó visibilidad y notoriedad política a los actores populares que se habían ido conformando a la luz de las transformaciones socioeconómicas que atravesaron la década del 30, pero que permanecían subordinados y silenciados en la cultura hegemónica imperante. En un párrafo notable de Bourdieu que cita James en su trabajo se retoma una frase de Sartre que dice que “*las palabras hacen estragos cuando encuentran un nombre para lo que hasta entonces ha vivido innominado*”².

² “Las experiencias privadas pasan nada menos que por un *cambio de estado* cuando se reconocen a sí mismas en la *objetividad pública* de un discurso ya constituido, signo objetivo de su derecho a que se hable de ellas y a que se hable públicamente. “Las palabras”, dice Sartre, “hacen estragos cuando

La jornada del 17 de octubre de 1945 puede leerse como la ruptura definitiva de ese orden tradicional, a partir de la irrupción de las masas a la vida política en un episodio con un alto contenido simbólico. No es difícil de imaginar la potencia cultural de las imágenes de esa jornada donde los desposeídos marcharon sobre una ciudad que les era ajena y se apoderaron del espacio público generando, como ha señalado Mariano Plotkin, “una subversión temporal del orden social existente” (Plotkin, 1994: 92). La significación disruptiva de la famosa fotografía de “las patas en la fuente”, en tanto símbolo de la trasgresión del status quo, recuerda la cita del principio de Sebrel, explicando su adhesión juvenil al peronismo en términos cuasi literarios. En ese sentido, para la reinterpretación que luego realizaría el revisionismo sobre el hecho peronista, se podría afirmar que aquella imagen de las patas en la fuente fue más poderosa que la de las “veinte verdades” juntas, en el sentido de que la influencia de la movilización plebeya trascendió los límites del aparato ideológico oficial del peronismo. Indudablemente, la fuerza de esa imagen se ha condensado en la famosa consigna del “subsuelo de la patria sublevado” que popularizó Raúl Scalabrini Ortiz.

La magnitud de esa irrupción despertó reacciones en una proporción tanto o más intensas. A partir de entonces, la movilización a favor y en contra del peronismo ordenó la política argentina y se constituyó en un clivaje ineludible para intentar comprenderla. Félix Luna (1984) ha señalado que la jornada del 17 de octubre liquidó cualquier ambigüedad entre los bandos en disputa y terminó de establecer la antinomia fundamental que atravesaba al peronismo-antiperonismo.

Por su parte, para Juan Carlos Torre y Elena Pastoriza, después del 17 de octubre se puso de manifiesto un “conflicto cultural” que tuvo por escenario principalmente a Buenos Aires y donde la sociedad urbana “reaccionó frente a aquello que resumía ejemplarmente cuanto tenía de irritante el cambio social impulsado por el peronismo: la irrupción pública de los migrantes internos” (Torre y Pastoriza, 2002: 309).

La reacción jerarquizadora del antiperonismo

Si podemos considerar, siguiendo a James, que la emergencia del peronismo representó una *herejía* en el sentido de una aparición irreverente que cuestionó un

encuentran un nombre para lo que hasta entonces ha vivido innominado”. (Bourdieu, Pierre, *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge, 1978, p. 178, citado por James, Daniel, *ibid.*, p. 46)

rechazo de las formas aceptadas de jerarquía social y símbolos de autoridad, cabe preguntarse por la reacción que suscitó la férrea observancia a aquellos dogmas que el peronismo vino a denunciar.

El movimiento de ascenso plebeyo que se visibilizó en 1945 significó una herida abierta para el imaginario y la propia visión del país que habían consagrado las élites tradicionales. Las transformaciones operadas desde la década del 30, con grandes masas del interior del país que migraron a los centros urbanos, en especial a Buenos Aires, no habían tenido hasta entonces visibilidad alguna en los imaginarios dominantes de la época.

Por el contrario, como marcan Torre y Pastoriza, los trabajadores migrantes del interior (que sumaron un millón de nuevos residentes a Buenos Aires y su cinturón urbano entre 1936 y 1947) no encontraron a su arribo al área metropolitana un escenario comparable al que recibió a los inmigrantes europeos medio siglo antes, relativamente vacío en términos de la población y las instituciones existentes. En este sentido, “más que una sociedad toda por hacerse, se encontraron con una sociedad sustancialmente hecha, cuyos valores y estilos de vida, popularizados por las radios, los periódicos, las revistas, estaban además revestidos de un prestigio que la Argentina criolla tradicional nunca tuvo entre los inmigrantes europeos” (Torre y Pastoriza, 2002: 266)

La subordinación cotidiana de los trabajadores migrantes a un contexto ajeno y hostil se dio en un marco de invisibilización de sus condiciones de vida, donde la pobreza, el color de piel y la vestimenta operaban como factores de segregación silenciosa. No en vano recibían la catalogación de “descamisados” o “cabecitas negras”, epítetos que luego el peronismo invirtió con sentido positivo para su propia interpelación. El lugar que ocupaban estos trabajadores del interior en el imaginario dominante de las urbes no podía ser otro que periférico y ajeno a la idea de “decencia” y “buena presencia”.

Como ha indicado Ezequiel Adamovsky, a medida que el capitalismo hundió sus raíces, la sociedad argentina sufrió intensos procesos de “clasificación” que separaban y oponían entre sí a las personas, de acuerdo al tipo de trabajo que tenían, su nivel de consumo, su “cultura” o su color de piel. “El peronismo”, dice Adamovsky, “*hizo visibles* esas divisiones y sin duda *las politizó* de una manera peculiar, pero de ningún modo las creó” (2009: 265).

El origen de la furibunda reacción antiperonista debe buscarse en la politización emergente de estas divisiones preexistentes antes que en la afectación de intereses

económicos concretos. No se registran, de hecho, grandes impugnaciones de fondo por parte de las élites a las medidas tomadas por Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión (STP) durante el gobierno militar de 1943-45. Un ejemplo de esto es el “Manifiesto del Comercio y la Industria” publicado el 16 de junio de 1945 y firmado por entidades patronales de peso con la Bolsa de Comercio a la cabeza. Allí, los firmantes reconocían que eran necesarias mejoras para los trabajadores, pero no en ese clima de “de recelos, de provocación y de rebeldía, en el que se estimula el resentimiento y un permanente espíritu de hostilidad y reivindicación³”.

Sobre este punto, Félix Luna afirma que la política social que llevó adelante Perón desde la STP entre 1943 y 1945 “no suponía nada excesivo” y que los aumentos de salarios, las mejoras en las condiciones de trabajo y la extensión de beneficios previsionales, entre otras, eran “realizaciones que los tiempos imponían por su propia virtualidad y que la euforia económica de esos años hacía perfectamente viables”. No era esto lo que más le molestaba a los sectores propietarios, “sino el hecho de tener que negociar mano a mano con los dirigentes sindicales los nuevos convenios, reconocer a los delegados en sus fábricas, pleitear con los abogados de los sindicatos...”. En definitiva:

[A la oligarquía] todo esto, que parecía una subversión de valores y era, por lo menos, una transformación sustantiva en el orden de las jerarquías tradicionales, era lo que la vejaba profundamente. No era que la perjudicase demasiado: pero la reventaba. Y a veces se reacciona con más rabia frente a lo que revienta que frente a lo que perjudica (Luna, 1984: 59)

Un caso particularmente gráfico de esta conducta fue la reacción patronal al Estatuto del Peón, que establecía derechos básicos de los peones rurales y modificaba su relación de dependencia tradicional: lo que antes sólo era determinado por la buena voluntad del patrón ahora se traducía en derechos y deberes de cada parte. Para Luna, “esto era lo inadmisibles, lo que creaba un precedente que no podían admitir todos los que habían visto en su estancia un recinto inviolable y exclusivo donde sólo se hacía lo que el dueño ordenaba”. De este modo, “lo peligroso no era el salario aumentado sino el nuevo concepto que ahora se afirmaba en la mentalidad del peón: que sobre la voluntad del patrón, antes omnímoda, ahora existía una voluntad superior que lo estaba protegiendo” (Luna, 1984: 57).

³ Citado en Adamovsky, *ibid*, p. 260

Paradójicamente para el propio Perón, que se había presentado ante los propios empresarios como la garantía de su salvación frente a la supuesta amenaza comunista y que veía al Estado como árbitro natural y articulador armonioso de los conflictos entre clases sociales, la afirmación del movimiento peronista residió en una revancha plebeya de grandes proporciones que subvirtió el imaginario cultural de la época y desafió el relato identitario de la Argentina blanca y urbana de origen europeo.

En su estudio sobre la historia de la clase media argentina, Adamovsky (2009) observa un punto de inflexión en la “reacción jerarquizadora” de carácter antiperonista que cobró forma en 1945 y fue profundizándose los años siguientes. Su principal propósito fue el de restaurar las jerarquías que habían colocado siempre en el lugar superior a los blancos, educados, “decentes”, propietarios, etc. Allí se forjó un terreno común para la coincidencia de sectores de diversa extracción y orientación política, forjando una reacción que se hizo notar en el incremento de las expresiones de “racismo abierto” y en las insistentes denuncias por la “incultura” y la “inmoralidad” reinantes.

En ese marco, Adamovsky sostiene que la identidad de clase media se promueve a partir de la frustración que produce la constatación de que la emergencia peronista había fracturado el ideal de la Argentina de las elites tradicionales. Así, la identidad de clase media fue, desde sus orígenes, blanca y antiperonista y con un contenido clasista que reforzaba las divisiones que le dieron razón de ser. “Se asumiría desde entonces como el grupo que representaba la cultura, la decencia, la modernidad, en fin, la argentinidad misma. Al hacerlo, trazaría una frontera de exclusión tan fuerte respecto de la plebe y respecto de una filiación particular –la peronista, casualmente la más extendida- que no podía sino hacer más dificultoso el regreso a alguna “normalidad” política” (Adamovsky, 2009: 376-77).

El proyecto de movilidad social ascendente que acompañó al peronismo permitió que una importante cantidad de personas pudieran tener expectativas de ascenso social para ellos y sus generaciones siguientes. Pero, a diferencia del proyecto de movilidad de principios de siglo que tuvo como partícipes a los inmigrantes europeos, éste se basó menos en la búsqueda del ascenso individual que un proceso de democratización social promovido desde arriba. Con el peronismo en el poder, el Estado se encargaba de allanar el camino y asignar beneficios a través de convenios colectivos de trabajo. Esto también puso en cuestión los canales individuales de ascenso social considerados legítimos y válidos para la cultura de la época, lo que fue visto como una amenaza por

sectores que veían como la plebe accedía a una gama de beneficios al amparo del Estado sin cumplir con los supuestos merecimientos del caso.

Torre y Pastoriza mencionan el prejuicio extendido del estereotipo de los “cabecitas negras” que tuvo por función marcar la separación entre un nosotros y los otros, oponiendo al proceso de integración en marcha un proceso de segregación (2002: 310). Fue la respuesta de los sectores que vieron en peligro su status y ubicación en el orden jerárquico tradicional y que debieron asistir, en un lapso relativamente corto, a un profundo proceso de transformaciones basadas en el mayor acceso al bienestar social.

Comentarios finales: un conflicto más allá de los protagonistas

La trama de estos años vertiginosos que forman el caldo de cultivo del peronismo probablemente no podía ser imaginada por ninguno de los que luego serían sus actores principales. Ni siquiera por Perón, que confinado en la isla Martín García veía acabada su carrera política hasta horas antes de que lo sorprendiera la turba irreverente del 17 de octubre del 45 pidiendo a gritos por su liberación.

Difícilmente el nivel de confrontación que terminó protagonizando su figura hubiera sido deseado por Perón en sus épocas al frente de la STP, cuando se presentaba ante los hombres de negocios como la garantía de orden y continuidad capitalista. Su idea de comunidad organizada y de modelo corporativista basado en Estado como lugar de arbitraje y armonía entre las clases sociales precisamente negaba el propio carácter del conflicto.

En su célebre discurso en la Bolsa de Comercio, el 25 de agosto de 1944, Perón agigantaba un fantasma comunista e inventaba el peligro de una revolución inminente para persuadir a los empresarios –esto, sí, con gran sentido de la época- de “dar un 30 por ciento a tiempo antes que perder todo a posteriori”. Perón lo decía con claridad: buscaba “suprimir la lucha de clases, suplantándola por un acuerdo justo entre obreros y patronos al amparo de la justicia que emana del Estado”⁴.

Como ha observado Carlos Altamirano (2002), había poca novedad en lo que se conoció como “doctrina peronista” respecto a la ideología nacionalista tradicional previa a 1943. El anticomunismo declarado, la concepción holística y organicista del “cuerpo social”, la amenaza anárquica de las “masas inorgánicas”, el antiliberalismo y

⁴ Discurso ante la Bolsa de Comercio (25-8-1944) y discurso del 1º de mayo de 1944, citados por Sebrelli, *ibid*, pp. 35-36

el estatismo corporativismo son elementos que ya figuraban en el ideario nacionalista de los 30. En cambio, Perón no retomó elementos místicos del nacionalismo tales como las virtudes intrínsecas de la “argentinidad” o los antecedentes nostálgicos de la cultura “criolla” evocadora de alguna esencia nacional perdida. Esas preocupaciones pertenecían a intelectuales de clase media de distintos grupos nacionalistas que procuraban, con escaso éxito, servirse del peronismo como vehículo para realizar sus fines (James, 1990: 36)⁵.

Paradójicamente, a pesar de haber expandido buena parte del programa nacionalista al movimiento de masas, el dirigente nacionalista Rodolfo Irazusta se quejaba del experimento político nacido el 4 de junio de 1943. “En lugar de la revolución que queríamos nacional, sobrevino la revolución social”, se lamentaba⁶.

Probablemente el efecto subversivo de la oleada popular que hemos analizado fuera difícil de aceptar para la derecha nacionalista jerárquica y tradicional. Tal vez también lo hubiera sido para la formación ideológica previa del propio Perón, que debió timonear con cautela y pragmatismo el desafío herético que había despertado, inesperadamente, su causa política. Este encuentro contingente entre Perón y su base de sustentación plebeya estuvo atravesado por una tensión y ambivalencia que fue constitutiva del polo peronista. Adamovsky lo señala de esta manera:

El encuentro, sin embargo, no resultó gratis para ninguna de las dos partes. Las clases bajas ataron su destino a la persona de su líder y, al hacerlo, en gran medida se dejaron moldear por sus ideas. Perón, por su parte, debió sostener una imagen pública de “tribuno de la plebe” que no pensaba inicialmente asumir. El movimiento que desde entonces encabezó resultó mucho más plebeyo de lo que a él le hubiera gustado. Parte el proyecto político de Perón, parte el aporte plebeyo y revulsivo de las masas: eso fue el peronismo. Con todas sus ambigüedades, el desafío a la sociedad tradicional que implicó como movimiento fue lo suficientemente profundo como para desatar una reacción de proporciones formidables (Adamovsky, 2009: 254)

Es posible pensar que la magnitud de la reacción antiperonista, que dio origen a la constitución del clivaje alrededor del peronismo, contribuyó a moderar las tensiones internas de éste frente a la movilización de sus enemigos. No obstante, parte de las

⁵ Una caracterización general de los grupos nacionalistas durante la década del 30 puede hallarse en Lvovich, Daniel, *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones B, 2003, pp. 293 – 312.

⁶ Citado en Altamirano, *ibid*, p. 220

preocupaciones del gobierno de Perón estuvieron marcadas por la domesticación y control desde el aparato estatal de la movilización popular que había irradiado la emergencia del fenómeno peronista⁷.

La paradoja de un modelo de integración armoniosa y corporativa de las masas pensado originalmente por Perón (ilustrado en la famosa sentencia “*de la casa al trabajo y del trabajo a la casa*”) para alejar cualquier fantasma de anomia anárquica residió en que su interpelación politizó con gran capacidad al mundo popular demarcando prácticamente una línea de clase entre sus partidarios y detractores. Fue la indignación de los sectores tradicionales ante la amenaza del ascenso popular amparado por el Estado a las jerarquías vigentes lo que motivó una reacción clasista más concentrada en dichas trasgresiones que en la detección de una amenaza concreta a los principios de reproducción capitalista.

El tono desafiante de las reformas, revestida de un tono épico y reparación histórica por el discurso oficial, exacerbó las iras y los miedos de los sectores medios y altos. Y como marcan Torre y Pastoriza, para adivinar que detrás de la confrontación peronista “existía un respeto no menos sincero por los fundamentos últimos del orden económico y social que criticaban, habría sido necesario contar con una serenidad de espíritu que pocos pudieron permitirse, envueltos como estaban en un clima de beligerancia y rechazo mutuo” (2002: 309).

La caída del gobierno peronista en 1955 no sólo no atemperó la conformación del clivaje sino que dio paso a una nueva fase que alcanzó mayores niveles de combatividad y violencia. La cuenta revancha antiperonista estuvo movida por el horizonte de la “desperonización” de las masas y por elucubrados proyectos de remodelación de conciencias y “reeducación democrática”, que partían desde lo más básico: la represión abierta y la proscripción electoral.

Por su parte, el peronismo se reencontró con sus orígenes de movimiento de oposición política contrario al régimen, incluso con los elementos de espontaneidad popular que caracterizaron a la llamada resistencia peronista. Aquella clase obrera heterónoma conformada desde arriba por el régimen peronista, y que había mantenido una relación ambivalente con sus intentos de integración disciplinada, fue la que pasó a

⁷ En ese sentido, Mariano Plotkin (1994) ha analizado las transformaciones en las celebraciones del 17 de octubre y el 1 de mayo a lo largo del decenio peronista donde el régimen fue institucionalizando un aparato simbólico oficial que tuvo por objetivo erradicar la espontaneidad que había caracterizado los orígenes del festejo. A partir de 1950, dice Plotkin, el régimen obtuvo de manera definitiva el monopolio del espacio político simbólico y convirtió a dichas celebraciones en “rituales de refuerzo” y glorificación de las figuras de Perón y Eva.

encabezar la resistencia contra los intentos para dismantelar el entramado sindical que se había conformado durante el gobierno de Perón.

En ese complejo proceso, la afirmación de la identidad peronista también se dio de la mano de la práctica concreta de la resistencia obrera y lucha contra el régimen, en un marco donde el clivaje en torno al peronismo politizó a la sociedad en su conjunto aunque sin la presencia de su protagonista principal, poniendo esta vez la cuestión de su regreso en el centro del debate político. Promediando los 60, Cooke consideraba que la antinomia peronismo-antiperonismo era la forma concreta que adquiriría la lucha de clases en la Argentina. Lo cierto es que, al menos durante ese período, su superposición fue significativa.

Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, Gerardo y Delamata, Gabriela (2001): "El yrigoyenismo. Inicio de una tradición", *Revista Sociedad* 17/18: 131-166, Facultad de Ciencias Sociales UBA.
- Adamovsky, Ezequiel (2009): *Historia de la clase media argentina: apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta.
- Altamirano, Carlos (2002): "Ideologías políticas y debate cívico" en Juan C. Torre (Dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Althusser, Louis (2005): "Ideología y aparatos ideológicos del Estado" en *La filosofía como arma de la revolución*, México, Siglo XXI.
- Germani, Gino (1977): "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo" en *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- Laclau, Ernesto (2005): *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.
- Luna, Félix (1984): *El 45*, Hyspamérica, Madrid.
- James, Daniel (1990): *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (2004): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Mustapic, Ana María (1984): "Conflictos institucionales durante el primer gobierno radical: 1916-1922" en *Desarrollo Económico*, Vol. 24, N° 93, abril-junio.
- Mariano Plotkin (1994): *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ariel.
- Sebreli, Juan José (1983): *Los deseos imaginarios del peronismo*, Buenos Aires, Legasa.
- Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza (2002): "La democratización del bienestar" en Juan C. Torre (Dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.